

Opinión

En recuerdo de un maestro



Santiago Álvarez de Mon

El pasado 3 de febrero falleció en Cambridge George Steiner. Filólogo, profesor, ensayista, uno de mis maestros. Como homenaje a su trayectoria vital, literaria, repasando mis notas y apuntes sobre tres de sus libros más queridos –*Presencias reales*, *Los libros que nunca he escrito*, y *Errata, El examen de una vida*– dejó aquí algunas reflexiones. Como punto de partida, un baño de realismo. Hablando de nuestra controvertida condición humana, dice: “Somos, como se suele decir, un árbol torcido. Pero podemos arder produciendo dignidad y excelencia”. Anotada nuestra misteriosa paradoja existencial, bueno es comenzar con la infancia, edad que por su frescura e inocencia guarda muchos de nuestros secretos. “Mi infancia se convirtió en un festival de exigencias”. Judío nacido en París, exiliado a EEUU, conoció pronto la adversidad de un mundo hostil. Exigencia, disciplina, constancia, sacrificio, esfuerzo... hábitos elementales para una sociedad acostumbrada a nadar en la abundancia. En ese clima de trabajo y cercanía, de deber y placer, pronto descubrió su vocación de profesor: “La exposición desde una infancia temprana a semejantes exigencias de excelencia, el deseo de compar-

Fronte al ruido mediático, el circo político, Steiner reivindica la pausa, el silencio

tir con otros la responsabilidad y la transmisión en el tiempo, sin las cuales los clásicos quedan mudos, hizo de mí exactamente lo que quería mi padre: un profesor”.

Sobre su faceta docente podría extenderme ilimitadamente. Los límites de esta columna me obligan a sintetizar. “La enseñanza y la camaradería, la provocación mutua en un seminario, han sido mi oxígeno personal... Si me resisto a jubilarme es porque mis alumnos han sido indispensables. Esto es para mí un tesoro”. Con profesores así soñar una universidad distinta, una educación transformadora, no es una quimera. “Una Universidad digna es sencillamente aquella que propicia el contacto personal del estudiante con el aura y la amenaza de lo sobresaliente”. ¿Papel de la memoria en esa aventura? Modesto, medio, no fin, pero relevante, conviene no olvidarlo. “Lo que sabemos de memoria se convierte en un instrumento en nuestra conciencia, ‘un marcapasos’ en el crecimiento y la complicación vital de nuestra identidad”.

Sobre la diversidad, idea reducida a su mínima expresión por la estulticia reinante, habla con elocuencia en primera persona del singular. “No he tenido alumnos más exigentes y originales que los de mis clases noctur-

nas de la Universidad de Nueva York. La mezcla multirracial en torno a la mesa de hombres y mujeres de las más diversas procedencias sociales, de jóvenes y viejos, de jubilados y gente de distintas profesiones, contribuyó a formar un elenco imponente”. Desde esa atalaya privilegiada, no sorprende su visión cosmopolita del planeta. “Los conceptos, las ideas, cuya fuerza es superior a la de cualquier arma, a la de cualquier imperium, no necesitan pasaportes. Son el odio y el miedo los que expiden o deniegan los visados... Nada humano me es ajeno.” No extraña que en su última etapa observara con pena el auge de los nacionalismos.

Honestidad

Sobre su compromiso político, ciudadano culto y sensible, es todo un ejercicio de honestidad. “Nunca he tenido ni el impulso ni el valor necesarios para entrar en política. En términos aristotélicos, semejante abstención equivale a necesidad. Confiere a los matones, a los corruptos y a los mediocres incentivos y posibilidades de imponerse”. Diagnóstico preciso, implacable, señala un pecado de omisión. “Esta adhesión a la privacidad hace posible, y en cierto sentido justifica, que los déspotas y los mediocres accedan al gobierno, a los cargos públicos”.

Para el periodismo moderno deja pistas, advertencias, pertinentes. “La presentación periodística genera una temporalidad de una instantaneidad igualadora. Todas

las cosas tienen más o menos la misma importancia; todas son solo diarias. En correspondencia con ello, el contenido, la posible importancia del material que comunica el periodismo se saldan al día siguiente. La visión periodística saca punta a cada acontecimiento para producir el máximo impacto; pero lo hace de manera uniforme”. Frente al ruido mediático, el circo político, reivindica la pausa, el silencio. “A lo largo de mi vida excesivamente locuaz he sido un coleccionista de silencios. Cada vez me resulta más difícil encontrarlos. El ruido-industrial, tecnológico, electrónico, amplificado hasta rayar en la locura, es la peste bubónica del populismo capitalista... Únicamente los privilegiados o los sordos se oyen existir a sí mismos”. En sintonía con su oportuna reivindicación del silencio, interlocutor temido, censurado, proscrito, sale también en defensa de la privacidad. “En nombre de la eficacia clínica, de la seguridad nacional, de la transparencia fiscal, nuestra vida privada es escudriñada, grabada y manipulada”. Intimidación invadida, libertad vigilada, me acuerdo del Gran Hermano de Orwell, sin duda un visionario. Pensadores de la talla de Steiner se echan de menos. Descansen en paz.

Profesor en IESE

La lógica paradójica de la “armonización” fiscal



Antonio Barderas Nieto

Uno de los problemas tradicionales de Cataluña ha sido el exceso de intimidad entre el mundo empresarial y el nacionalismo, entre el mundo de la empresa (que debería pertenecer al ámbito de una sociedad civil independiente) y la política. Buen ejemplo de ello son las recientes declaraciones del actual presidente de la patronal catalana Fomento del Trabajo (diputado por CiU durante décadas), celebrando ante Sánchez que por fin se reconozca la existencia de “un conflicto catalán”, evitando mencionar España (“el Estado”) y pidiendo la “armonización” fiscal para evitar “paraísos fiscales”, en referencia a Madrid. Es decir, pidiendo, como el perro del hortelano, que suban los impuestos a los empresarios madrileños. Aunque no son los únicos, sus “argumentaciones” siguen fielmente la lógica paradójica: cuando creen que tienen algo que ganar, son los mayores defensores de la diferencia; cuando creen que tienen algo que perder, se vuelven los mayores defensores de la uniformidad. Cuando vino bien apoyar la diferencia y el privilegio, brindaron su apoyo –a través del comunicado “*Volem un nou Estatut*”– al Estatuto catalán de 2006, trompetería de salida de todas las tormentas posteriores. De hecho, su actual presidente publicó un libro titulado “*Las verdades del Estatuto*”, en el que relataba su contribución al mismo. No hubo entonces ni una crítica ante las ilegalidades y peligros que ya se anunciaban y que cualquiera podía ver: como afirmó el entonces presidente de la Generalidad tras la aprobación del Estatuto, “tenemos una nueva Constitución en Cataluña” que permitirá a Cataluña “hacer lo que quiera”.

Como ocurre habitualmente en estos desaguisados, la burguesía catalana, algunos de ellos allí representados, creyó que los melancólicos tanteos con el nacionalismo saldrían gratis y que podrían domesticar al tigre “secesionista”. Hace falta leer un poco de Historia para saber que al primero que arrastran las aguas turbulentas de estos “graciosos” procesos revolucionarios es a la burguesía empresarial, pero la distorsión de la realidad típica del nacionalismo les ciega, entre otras cosas porque vive de un misticismo que los hace considerarse seres de un orden distinto y superior. Ahora el tigre anda suelto por ahí, devorando a esa misma burguesía, y miles de empresas han tenido que abandonar Cataluña para seguir manteniendo –con una mínima seguridad jurídica y perspectivas de futuro– sus negocios. Con esta grave actuación de la patronal catalana se evidencian dos de los problemas de fondo que han anidado en buena parte de esos siameses que son la “clase dirigente” política y una parte relevante de la “clase dirigente” empresarial en Cataluña (que no representa a honrosísimas excepciones, muchísimos empresarios horrorizados de aquello en lo que se ha convertido la que fuera la región más adelantada de España): vivir obsesionados con Madrid y jamás aceptar responsabilidad alguna por sus desdichas. Culpar a otros suele ser signo de inmadurez y argumento de perdedores. Para el nacionalismo políticoempresarial catalán, el declive económico, el caos político y la falta de libertad en Cataluña siempre es y será culpa de otros.

De ahí que llegados a este punto, exangües, no se les ocurre cosa más creativa que desacreditar y demonizar a quienes, con fundamento jurídico y económico, han

aplicado “recetas” sencillas (impuestos bajos, seguridad jurídica, estabilidad, orden) que funcionan, como muestran los datos. Por ejemplo, con los tributos legalmente cedidos a partir del año 2002 tras el acuerdo unánime del Consejo de Política Fiscal y Financiera (incluyendo, por supuesto, a Cataluña). En su desesperación por la profunda crisis económica, empresarial, política e institucional que viven a diario, acuden, una vez más, a la paradoja: a la demagogia de proponer (más bien exigir) que se eliminen “los paraísos fiscales dentro del Estado” en vez de pedir que se acabe con los tributos confiscatorios, el déficit desmesurado, el endeudamiento, la inseguridad jurídica, la desconfianza institucional y el caos que, en nombre de la “buena catalanidad”, abruma y hundea a las empresas que “sobreviven” a duras penas en Cataluña.

Políticas acertadas vs equivocadas

Como cualquier ciudadano informado sabe, la confiscación tributaria, la inseguridad jurídica y la desconfianza institucional son las mejores “vitaminas” para que empresarios y empresas corran a toda prisa hacia regiones con más *seny*. Es el caso de la Comunidad de Madrid, que ofrece desde hace muchos años un entorno de seguridad jurídica, contención del gasto y libertad en todos los ámbitos que le ha permitido mantener establemente durante 15 años un IRPF inferior a Cataluña; hoy es hasta 4,5 puntos menos en la escala autonómica. La falacia de la capitalidad también queda desmontada, ya que Madrid ha aportado al fondo de garantía de los servicios públicos fundamentales dinero destinado a costear los servicios esenciales en el resto de las regiones: el 70% de ese fondo en el período 2009-2018, en concreto 32.315 millones de euros, frente al 20% de Cataluña. Sólo en 2018 fueron 4.369 millones, lo que supone que cada madrileño aportó 667 euros para los servicios públicos del resto de regiones ¿Quién es el insolidario? También, y no por casualidad, Madrid ha pasado de ser la cuarta

renta per cápita de España en 1980 (pese a ser capital de España desde 1561) a ser la primera. En definitiva, la conjunción de políticas acertadas y el largo plazo siempre tienen buenas consecuencias, y las equivocadas mantenidas durante tiempo también tienen resultados negativos o incluso, lamentablemente catastróficos.

La destructiva deriva en la que se ha emperrado el nacionalismo catalán es responsabilidad de sus instituciones autonómicas, de las que forman parte sustancial quien ahora, en su lógica paradójica, se ha apresurado a pedir (en involuntaria coincidencia con el PNV) la eliminación del Impuesto sobre el Patrimonio sin mencionar otros impuestos que en el País Vasco (beneficiado por el privilegio del Cupo, que al parecer no preocupa a los que piden “armonización”) están en similar situación que en Madrid. Los empresarios madrileños jamás habríamos pedido al Gobierno que subiera los impuestos a los empresarios catalanes, con los que compartimos tantas cosas, sino que habríamos luchado para que el Gobierno autonómico de Madrid emulara las mejores prácticas de Cataluña. Como pasa siempre con todos los nacionalismos, el tema central es crear e inventar un enemigo exterior para demonizarle y acusarle de todo. Confiemos en que, antes o después, comprendan que el verdadero enemigo de Cataluña está dentro de Cataluña. Mientras tanto, nos solidarizamos con tantos empresarios catalanes que tienen que luchar contra una situación verdaderamente lamentable.

Director de la Asociación Madrileña de la Empresa Familiar (AMEF)

